Ricardo Mella

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

Y OTROS ESCRITOS

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

Ricardo Mella

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

Y OTROS ESCRITOS

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

El problema de la enseñanza y otros escritos (1902-1913)
Ricardo Mella

La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Madrid, 2013

http://www.laneurosis.net/
info@laneurosis.net

ISBN 978-84-941614-0-7
Depósito Legal: M-23934-2013

La presente edición toma el relevo de la publicada por la Editorial Zero allá por el año 1979 bajo el título de *Cuestiones de enseñanza libertaria* a cuya selección de artículos nos hemos permitido la licencia de añadir el último que cierra esta edición.

Se recomienda encarecidamente la reproducción o copia de este libro que tienes entre tus manos siempre que sea sin fines comerciales.

Introducción.....7
El problema de la enseñanza
Primera parte.....11
Segunda parte.....15
¿Qué se entiende por racionalismo?.....19
Cuestiones de enseñanza
Primera parte.....23
Segunda parte.....25
Tercera parte.....27
El verbalismo en la enseñanza.....31
La razón no basta.....35
Por los bárbaros.....39
La gran mentira.....47
Las viejas rutinas.....51
Cómo se afirma un método.....55
La bancarrota de las creencias.....59
¡Basta de idolatrías!.....65
Por la cultura.....69
El cerebro y el brazo.....73
La hipérbole intelectualista.....77

Introducción

Buena parte de los artículos periodísticos que puedes leer en este libro representan un testimonio fundamental dentro de la historia del pensamiento educativo anarquista en los inicios del siglo XX. Para contextualizarlos es fundamental recordar que la apertura de la Escuela Moderna allá en la Barcelona de 1901 supuso la puesta en marcha del que en los años posteriores se convirtió en el referente educativo de un movimiento anarquista que vio (desde sus orígenes) en la educación una herramienta imprescindible tanto para el mejoramiento personal como para la transformación social. Este proyecto pronto tuvo imitadores en otras ciudades españolas pero fueron las protestas internacionales por el fusilamiento de su fundador, Francisco Ferrer Guardia, a causa de los acontecimientos que los historiadores oficiales llaman La Semana Trágica (1909), las que sirvieron como detonante para su explosiva expansión por todo occidente.

Si nos atenemos a cuestiones numéricas, parece incuestionable el éxito de este proyecto que su fundador pretendió sostener sobre lo que denominó el racionalismo pedagógico. De ahí que los diferentes proyectos que surgieron por doquier llevaran bien el nombre de Escuela Moderna de tal ciudad o bien Escuela Racionalista de tal sitio sin que ello supusiera diferencia alguna en las bases del proyecto pues en ambos casos los escritos y prácticas de Ferrer eran el claro referente.

La percepción de que durante tres décadas buena parte del movimiento anarquista en España adoptó de manera acrítica el modelo de enseñanza que Ferrer puso en marcha en La Escuela Moderna es sostenido por algunos estudiosos como Pérez Solá y, tal modo de ver las cosas, parece ser corroborado por los artículos que en las próximas páginas podrás leer. Dichos textos nos muestran las ideas de Ricardo Mella, que suele ser considerado el máximo exponente de la corriente alternativa dentro del movimiento anarquista de inicios del siglo XX, denominada la Escuela Neutral.

Para leer El problema de la enseñanza y otros escritos *es necesario comprender que el paradigma educativo anarquista ha sido (y sigue siendo) una corriente de firmes valores antiautoritarios que respondía de forma clara a una serie de ideas-fuerza que, si no siempre se consiguieron llevar a la práctica, siempre se han tomado como referente, como modelo a seguir o hacia el que guiar los pasos. De forma breve plantearemos algunas de esas ideas-fuerza:*

- Educación bidireccional. Frente al modelo denominado bancario de la enseñanza convencional basado en la existencia de dos figuras enfrentadas, una activa la del enseñante y otra pasiva la del enseñado/a, se trata de construir procesos basados en la idea de que todas las personas que participan del proceso de enseñanza pueden aprender y enseñar.

- Educación cooperativa. La educación no es vista como una competición con sus títulos, exámenes y otras formas de clasificar al alumnado según unos supuestos méritos. Por el contrario, se considera que las personas que participan de la vida escolar deben mantener una actitud de apoyo mutuo entre ellas.

- Educación práctica-integral. Por contraposición al modelo de educación donde lo único que se valora es lo teórico y lo abstracto, los anarquistas siempre consideraron la educación como un proceso en el cual la persona crece en todas sus facetas buscando un equilibrio entre lo manual, lo intelectual y lo emocional.

- Educación que fomenta la motivación intrínseca. Se busca que el conocimiento teórico o práctico no sirva como medio para conseguir recompensas o eludir castigos sino que sea una recompensa en sí mismo.

- Aprendizaje libre. Frente a los programas impuestos y toda la reglamentación propia de un sistema a imagen y semejanza del mercado laboral, los estudiantes, en los proyectos libertarios, deben tener un control lo mayor posible sobre cómo, cuándo y cuánto aprender.

- Educación paidocéntrica. Todos los elementos anteriores se podrían resumir en la idea sobre la que gira todo lo anteriormente señalado: el estudiante no debe adaptarse a la enseñanza, la enseñanza debe adaptarse al necesidades del estudiante.

Se puede decir que casi todos estos elementos son comunes a la tradición educativa anarquista. Decimos casi todos porque el motivo de debate entre la mayoría racionalista y la minoría neutralista se centraba alrededor de la concienciación según sus partidarios o el adoctrinamiento según sus detractores. Según el punto de vista de los neutralistas, la educación racionalista rompería el principio del aprendizaje libre para reproducir métodos autoritarios a causa de la imposición de ideas y valores anarquistas tal y como se hacía, por ejemplo, en las odiadas escuelas religiosas sólo que con ideas y teorías opuestas. El problema no era insignificante pues tenía que ver con elementos esenciales del pensamiento anarquista y la influencia sobre éste de la filosofía positivista herencia de los Comte, Spencer, Morgan y demás. La corriente racionalista siguiendo los pasos de Ferrer sostenía la necesidad de enseñar lo racional que solía ser identificado con lo científico (por algo la Escuela Moderna de Barcelona presumía de aportar una enseñanza científica y racional), es decir, la Verdad, principio que se oponía a las fuerzas reaccionarias valedoras de diversas supersticiones como la religión o, incluso, la propia ordenación social injusta y, por tanto, irracional.

De esta manera el debate ya no es solamente una contraposición de ideas sobre cómo educar sino que se traslada un poco más allá para reflexionar sobre qué es el conocimiento o qué entendían los anarquistas por cultura. *El modelo de Ferrer había conseguido una importante influencia sobre el movimiento educativo anarquista porque simplemente canalizó hacia el mundo de la enseñanza una serie de ideas y prácticas que estaban en la sensibilidad anarquista de la época: La Escuela Moderna, siguiendo este modo de ver las cosas, no dogmatizaba, simplemente mostraba hechos basados en la Razón. El modelo de La Escuela Moderna estaba influido por una visión del mundo que creía que el conocimiento era acumulativo de forma lineal y,*

por tanto, al crear un modelo de valores objetivamente más avanzados que los anteriores gracias a su carácter netamente científico iba inevitablemente a sustituir a los modelos anteriores como la anarquía superaría tarde o temprano al capitalismo.

El problema de enseñanza y otros escritos *no es sólo una recopilación de las visiones críticas que Ricardo Mella aporta al tema de la educación con especial atención a los problemas relacionados por las ideas educativas de los anarquistas de la época. Es, sobre todo, el testimonio de la pugna entre un modelo dominado por los elementos más ingenuos de una cierta forma de racionalismo (y no sólo en el ámbito de la educación) y aquellos que quieren refutarlo a través de un sistemático modelo científico considerado neutral y, por tanto, ajeno a cualquier forma de adoctrinamiento. Este modelo de conocimiento sustituiría esa Verdad dada por la Razón por la verdad en permanente construcción de la ciencia.*

Tanto Mella como Ferrer radicalizaron los elementos relacionados con la renovación pedagógica que circulaban por la Europa del momento construyendo una teoría educativa que mezcló elementos propios antiautoritarios y libertarios con otros aspectos relacionados con el librepensamiento a los que había que sumar una fluctuante e irregular influencia positivista construyendo cada uno un diferenciado corpus de ideas revolucionarias cuyas enormes disparidades tienen que ver con la recepción que cada uno de ellos hizo de estas tres fuentes de influencias.

Por todo lo expuesto, Mella nos aporta una serie de elementos que nos sirven para conocer la educación y el ambiente cultural en la España de principios del siglo XX, las ideas educativas del anarquismo y, sobre todo, para reflexionar sobre la enseñanza de hoy que pese a los muchos cambios en las formas, mantiene el fondo de los principios de las escuelas convencionales de la época de Ricardo Mella concebidas como herramientas para la reproducción de los valores de las clases dominantes.

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

El problema de la enseñanza (Primera parte)

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez muéstranse más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconizan y actúan las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fue comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en vez de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciernan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es educar, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, toda imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el

propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Mas todo el mundo conocerá llanamente que tan sólo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosa, se dará verdadera instrucción, cualquiera sea el nombre en que se ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar, sino también para educar según principios preestablecidos y tremola, en consecuencia, una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas asequibles por la experiencia y por el entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos ni peor ni mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social, económico y filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, geometría, gramática, matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico y científico, ninguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias y, por serlo, son contrarias a la función instructiva en

sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no puede ni debe ser religiosa.

La escuela no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean, porque ello implica castración y atrofia de aquellas mismas facultades que se pretenden excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios aunque se digan revolucionarios. Verdades conquistadas, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental e histórico, que entre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela, y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruidos en las verdades comprobadas, el desenvolvimiento de todas las metafísicas, de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización, presentes, pasadas y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer una concepción real de la vida. Que cada uno, ante este inmenso arsenal de derechos e ideas, se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas a enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialis-

mo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda la libertad de pensamiento y de acción, que proclamamos la real independencia del individuo, no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aun métodos de enseñanza doctrinaria. La escuela que queremos, sin denominación, es aquella en que mejor y más se suscite en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Dondequiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es repasar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arrojarlos.

Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

(*Acción Libertaria*, nº 5, Gijón, 16 de diciembre de 1910)

El problema de la enseñanza (Segunda parte)

Sabíamos que no faltan librepensadores, radicales y anarquistas que entienden la libertad al modo que la entienden los sectarios religiosos. Sabíamos que los tales actúan en la enseñanza, como en todas las manifestaciones de la vida, a la manera que los inquisidores actuaban y al modo que actúan hoy sus dignos herederos, los jesuitas laicos o religiosos. Y porque lo sabíamos, abordamos el problema de la enseñanza en nuestro artículo anterior.

Como no queremos ningún fanatismo, ni aun el fanatismo anarquista; como no transigimos con ninguna imposición, aunque se ampare en la ciencia, insistiremos en nuestros puntos de vista.

Se lleva tan lejos el sectarismo que se presenta en forma de dilema: o conmigo o contra mí. Libertarios se dicen los que así hablan. Les perturba la eufonía de una palabra: *racionalismo*. Y nosotros preguntamos: ¿Qué es el racionalismo? ¿Es la filosofía de Kant, es la ciencia pura y simple, es el ateísmo y es el anarquismo? ¡Cuántas y cuántas voces clamarían en contra de tales asertos!

Sea lo que quiera el racionalismo, es para algunos de los nuestros la imposición de una doctrina a la juventud. Su propio lenguaje lo denuncia. Se dice y se repite que la enseñanza racionalista será anarquista o no será racionalista. Se afirma enfáticamente que la misión del profesor racionalista es hacer seres para vivir una sociedad de dicha y de libertad. Se identifica ciencia, racionalismo y anarquismo, y se sale del paso convirtiendo la enseñanza en una propaganda, en un proselitismo. Son más lógicos los que más lejos van y sostienen que se debe decir resueltamente enseñanza anarquista y dar de lado al resto de adjetivos sonoros que hacen la felicidad de los papamoscas que no llevan en el cerebro un adarme de fósforo.

No reparan estos libertarios que nadie tiene la misión de hacer a los demás de este o del otro modo, sino el deber de no estorbar que

cada uno se haga a sí mismo como quiera. No observan que una cosa es instruir en las ciencias y otra enseñar una doctrina. No se detienen a considerar que lo que para los adultos es simplemente propaganda, para los niños resulta imposición. Y en último extremo, que aunque el racionalismo y el anarquismo sean todo lo idénticos que se quiera, nosotros anarquistas debemos guardarnos bien de grabar deliberadamente en los tiernos cerebros infantiles una creencia cualquiera, impidiéndoles así o tratando de impedirles futuros desarrollos.

Para mucha gente —decía Clementina Jacquinet, en una conferencia dada en Barcelona acerca de la sociología en la escuela— y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en sus cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita. Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto hacen obra antilibertaria, puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa.

Se insistirá, no obstante lo dicho y transcrito, en que la anarquía y el racionalismo son una misma cosa, y hasta se dirá que son la verdad indiscutible, la ciencia toda, la evidencia absoluta. Puestos en el carril de la dogmática, decretarán la infalibilidad de sus creencias.

Mas aunque así fuera, ¿qué se haría de la libre elección, de la independencia intelectual del niño? Ni aun la libertad absoluta debería ser impuesta, sino libremente buscada y aceptada, si la verdad abso-

luta no fuera un absurdo y un imposible en los términos fatalmente limitados de nuestro entendimiento.

No, no tenemos el derecho de imprimir en los vírgenes cerebros infantiles nuestras particulares ideas. Si ellas son verdaderas, es el niño quien debe deducirlas de los conocimientos generales que hayamos puesto a su alcance. No opiniones, sino principios bien probados para todo el mundo. Lo que propiamente se llama ciencia debe constituir el programa de la verdadera enseñanza, llamada ayer integral, hoy laica, neutra o racionalista, que el nombre importa poco. La sustancia de las cosas: he ahí lo que interesa. Y si en esa sustancia está, como creemos, la verdad fundamental del anarquismo, anarquistas serán, cuando hombres, los jóvenes instruidos en las verdades científicas; pero lo serán por libre elección, por propio convencimiento, no porque los hayamos modelado, siguiendo la rutina de todos los creyentes, según nuestro leal saber y entender.

La evidencia puede hacerse inmediata. ¿Qué clase de anarquismo enseñaríamos en las escuelas en el supuesto de que ciencia y anarquismo fueran una misma cosa? Un profesor comunista señalaría a los niños el simplísimo e idílico anarquismo de Kropotkin. Otro profesor individualista enseñaría el feroz egolatrismo de los Nietzsche y Stirner, o el complicado mutualismo proudhoniano. Un tercer profesor enseñaría el anarquismo de base sindicalista influido por las ideas de Malatesta u otros. ¿Cuál es aquí la verdad, la ciencia, para que quede establecido en firme ese desaponderado absurdo de lo absoluto racionalista?

Se olvida sencillamente que el anarquismo no es más que un cuerpo de doctrina y que por firme y razonable y científica que sea su base, no se sale del terreno de lo especulativo, de lo opinable y, como tal, puede y debe explicarse, como todas las demás doctrinas, pero no enseñarse, que no es igual. Se olvida asimismo que la verdad

de un día es el error del día siguiente y que nada hay capaz de establecer, sólidamente, que el porvenir no se reserva otras aspiraciones y otras verdades. Y se olvida, en fin, que estamos nosotros mismos prisioneros de mil prejuicios, de mil anacronismos, de mil sofismas que habríamos de transmitir necesariamente a las siguientes generaciones si hubiera de prevalecer el criterio sectario y estrecho de los doctrinarios del anarquismo.

Como nosotros hay miles de hombres que se creen en posesión de la verdad. Son probablemente, seguramente honrados, y honradamente piensan y sienten. Tienen el derecho a la neutralidad. Ni ellos han de imponer a la infancia sus ideas ni hemos de imponerles nosotros las nuestras. Enseñemos las verdades adquiridas y que cada uno se haga a sí mismo como pueda y quiera. Esto será más libertario que la funesta labor de dar a los niños ideas hechas que pueden ser, que serán muchas veces, enormes errores.

Y guárdense los dómines del anarquismo, que se consideran únicos poseedores de la verdad, la palmeta para mejor ocasión, que ya es tarde para resucitar risibles dictaduras y para expedir o denegar patentes que nadie solicita ni nadie admite.

Como anarquistas, precisamente como anarquistas, queremos la enseñanza libre de toda clase de *ismos*, para que los hombres del porvenir puedan hacerse libres y dichosos por sí y no a medio de pretendidos modeladores, que es como quien dice redentores.

(*Acción Libertaria*, nº 11, Gijón, 27 de enero de 1911)

¿Qué se entiende por racionalismo?

No vamos a examinar lo que significa el racionalismo para Juan o para Pedro, sino lo que significa en general, lo que por tal entiende el común de las gentes. Perderíamos el tiempo lastimosamente si nos detuviéramos a considerar las mil opiniones particulares que no tienen más base que los fáciles decretos de la pereza intelectual.

– Racionalismo (primera definición): Doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana.

– Racionalismo (segunda definición): Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas.

– Racionalismo (tercera definición): Más que un sistema filosófico o un método es el carácter general de todo pensamiento especulativo que únicamente admite la razón como criterio de verdad.

Y basta. Como se ve, en las tres definiciones se proclama la soberanía de la razón. Frente a toda fe y a toda autoridad la razón recaba sus fueros. Y al recabarlos crea sistemas nuevos de filosofía, religiones nuevas también. Todo el gran movimiento filosófico cumplido por los filósofos alemanes ha sido esencialmente racionalista.

Racionalista y librepensador es todo uno, puesto que ambos sólo admiten para garantizar la verdad de su pensamiento el pensamiento mismo y sus leyes, refutando toda otra clase de argumentos, incluso el histórico, ínterin la razón no discierne por sí misma el tanto o cuanto de verdad que encierra.

Y no hay ni más ni menos. Frente a la fe y a la autoridad, la razón. Pero, ¿qué razón? ¿La de Juan o la de Pedro? La razón es meramente individual, y al proclamarse soberana ha engendrado errores y absurdos que la experiencia se ha encargado de desbaratar. El racionalismo ha llenado el mundo con las mil geniales divagaciones, pero divagaciones al fin, de la metafísica y de la filosofía. Como añadidura

al error religioso tuvimos el error filosófico, y el error político, y el error económico. La razón ha creado tales sistemas, tales dogmas, que contra sí misma tiene que rebelarse. ¿Y cómo no, si no hay regla o ley alguna que determine en todas las razones individuales las mismas conclusiones, aun en el supuesto de que las premisas sean idénticas?

Enhorabuena que el individuo recabe el derecho de guiarse por los dictados de su razón; pero erigirla en soberana, suponerla capaz de dar a todo el mundo el criterio exacto y la certidumbre de la verdad, es tan gran desvarío, que sólo así se comprende que los cien genios del filosofismo racionalista no hayan logrado estar de acuerdo ni una sola vez. Al gran Leibnitz se le ocurrió idear una razón impersonal (*philosophia perennis*) como base de la verdad, penetrado, sin duda, de que, para la razón individual, todo es según el color del cristal con que se mira. Pero semejante razón impersonal es pura abstracción, puro expediente filosófico para resolver de la mejor manera posible una dificultad insuperable. Así, el racionalismo como sistema, método o lo que sea de indagación de la verdad ha fracasado, aunque permanezca firme como lucha contra la revelación, contra la fe, contra la autoridad del dogma.

Por esto es cosa pasada el filosofismo y anacrónica la pretendida soberanía de la razón. La verdadera ciencia, que no se paga de soberanías, ha tomado resueltamente el camino de la experiencia, y funda sus construcciones sobre hechos y leyes comprobados y no sobre frágiles creaciones del pensamiento, tan dado a lo extraordinario y a lo maravilloso. Naturalmente que la razón es el instrumento necesario para traducir, ordenar y metodizar los datos de la experiencia, pero no ya más allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

Y no se nos arguya que así, como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia se traspasa sus propios límites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá estar el asunto en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituida; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta religiosa? ¿Cómo admitirlo sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en el pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, ser inducidos a error?

Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón, pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ello no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales, y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dictarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándoselo, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderamente parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos, como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos han contado y cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensible, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para menganito, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual habremos de continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompa el yunque.

(*Acción Libertaria*, nº 19, Gijón, 21 de abril de 1911)

Cuestiones de enseñanza (Primera parte)

Explicar y enseñar no son sinónimos, aun cuando toda enseñanza suponga previa explicación. Se explican muchas cosas sin que haya propósito de enseñarlas. Cuando se declara o da a conocer lo que uno opina, cuando se dan detalles o noticia de una doctrina, de un suceso, etc., se explica al oyente la opinión, la doctrina y el suceso para enseñarlas o para repudiarlas, según los casos.

Enseñar es algo más que explicar, puesto que es instruir o adoctrinar. El que explica una doctrina errónea a fin de hacer patente su falsedad, claro que enseña, pero no enseña la doctrina que explica, sino que la repudia.

Un ejemplo entre mil aclarará esa diferencia. Se abre un libro cualquiera de Geografía elemental, y en la parte que trata de la astronomía se halla en primer término la explicación del sistema de Ptolomeo, que supone la tierra en el centro del Universo y a todos los demás cuerpos girando alrededor de ella. Viene enseguida el sistema de Copérnico, que considera el Sol fijo y los planetas girando a su alrededor. Y se agrega: este último sistema es el admitido en el día.

La cosa es clara; se explica o da a conocer el primero; se explica y se enseña el segundo. No se enseña aquél porque se le tiene por erróneo. Adviértase que si el profesor es concienzudo, ni aun el sistema de Copérnico enseñará sin reservas, porque nada nos permite asegurar que en el sistema del universo no hay algo más que la teoría heliocéntrica. Por eso se dice solamente que es el admitido en el día, en lugar de darlo dogmáticamente como verdadero.

La diferencia entre explicar y enseñar es todavía mayor cuando no hay más que hipótesis para contestar las interrogaciones del entendimiento. Tal ocurre con la constitución interna de nuestro planeta. El profesor podrá y deberá explicar las diferentes teorías que

tratan de descifrar el enigma, pero no deberá enseñar ninguna como verdadera y comprobada, puesto que no sabemos que lo sean.

En cambio podrá enseñar con ejemplos y razones, empírica y racionalmente, entre cien cosas más, el llamado teorema de Pitágoras, a saber: en todo triángulo se verifica que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos.

Y como es muy extenso el campo de los conocimientos positivos, verificados y comprobados por todo el mundo, metodizados por la ciencia; y es más extenso aún el campo de las probabilidades de conocimiento pleno de hipótesis, de opiniones, de teorías, pero falto de prueba y de certidumbre, es claro que para todo hombre de libre entendimiento la enseñanza, propiamente dicha, no deberá salirse de las verdades conquistadas indiscutibles y, por tanto, habrá de reducirse al círculo de las explicaciones o exposiciones necesarias, todo lo que es, en el momento, materia opinable.

Cualquiera, pues, que sea la base de una doctrina política, económica o social, y por grande que sea el amor que por ella sintamos, nuestro debido respeto a la libertad mental del niño, al derecho que le asiste de formarse a sí mismo, ha de impedirnos atiborrar su cerebro de todas aquellas ideas particulares nuestras que no son verdades indiscutibles y comprobadas universalmente, aunque sí lo sean para nosotros.

Porque, en último término, de proceder en la forma opuesta vendríamos a reconocer en todo el mundo que cree estar en posesión de la verdad y no piensa como nosotros, el derecho a continuar modelando criaturas a medida de sus errores y prejuicios. Y con esto precisamente es con lo que hay que acabar.

Así es como entendemos la enseñanza, ateniéndonos a la sustancia de las cosas, y no a las palabras que pretenden representarla.

(*Acción Libertaria*, nº 20, Gijón, 26 de abril de 1911)

Cuestiones de enseñanza (Segunda parte)

No nos entusiasma una criatura de doce o trece años que se pone a perorar sobre materias sociales y afirma muy seria la no necesidad del dinero o cosa análoga. Nos sabe eso a recitado de catecismo, a lección metida en el cerebro a fuerza de sugestiones. Otro profesor y otro planteamiento del problema, y la criatura afirmará muy seria todo lo contrario. Recitará otro catecismo, repetirá otra lección. Hay cosas prematuras como hay otras cosas tardías.

Una opinión personal no es necesariamente una ciencia y sólo a este título puede ser enseñada. Lo contrario equivale a secuestrar las tiernas inteligencias infantiles. Estamos por la enseñanza absolutamente libre de materia opinable.

Un ejemplo ilustrará la cuestión. Supongamos el caso de un pedagogo, resuelto adversario del dinero y de la renta. Este pedagogo proscribirá de la enseñanza de la aritmética la infame, la corruptora regla de interés. Si no recordamos mal, el caso ya se ha dado. Pues ese pedagogo hará una grandísima majadería por no saber discernir entre el interés del dinero, con el que nada tiene que ver la aritmética en sí misma, y una regla de cálculo que, sea cual fuese su nombre, sirve para deducir, ponemos por caso, las proporciones en que una materia dada ha de entrar en una mezcla, el tanto por ciento que resulta de una estadística de vitalidad o de población, el rendimiento de un producto en condiciones dadas, o bien la proporción de fertilidad creciente o decreciente de una tierra determinada, etc.

Se nos dirá que todo esto se puede explicar y enseñar sin dar al mismo tiempo la noción de la renta o rendimiento del capital; no lo negamos. Pero es que aquí está lo grave de la cuestión. Si se explica la materia dejando en libertad al alumno para que medite y decida —y para decidir necesita el conocimiento de todas esas cosas, las verdaderas y las falsas—, nada habrá que objetar. Pero si, por el

contrario, interviene el profesor con sus ideas particulares e inclina la balanza del lado de su opinión, por muy hombre libre que sea, por muy anarquista que se proclame, cometerá un atentado contra la libertad intelectual del niño, que en la indefensión por su falta de desarrollo intelectual, tomará como verdades inconcusas así lo cierto como lo falso. Criaturas de tal modo instruidas, recitarán sabias lecciones... por cuenta ajena. Y a nosotros nos parece preferible que las reciten por cuenta propia aunque sean algo menos sabias.

Tratárase de hombres y la cuestión sería diferente. El libre examen no ha de aplicarse sólo por oposición a las cosas teológicas, sino también como limitación necesaria a imposiciones posibles de partido, de escuela o de doctrina.

La enseñanza no puede ni debe ser una propaganda. El espíritu de proselitismo se extralimita cuando va más allá del hombre en el pleno uso de sus facultades mentales. Si hay alguna cosa en que la abstención, la neutralidad sea absolutamente exigible, ésa es en la instrucción de la infancia.

En este terreno podemos encontrarnos todos los hombres de ideas progresivas. Y deberemos encontrarnos para sustraer a la infancia del poder de los modeladores de momias humanas, de los hacedores de rebaños.

(*Acción Libertaria*, nº 21, Gijón, 5 de mayo de 1911)

Cuestiones de enseñanza (Tercera parte)

Un niño instruido conforme a los conocimientos verdaderamente científicos, no preguntará probablemente por la existencia de Dios, puesto que ni siquiera tendrá noticia de tal idea. Pero si lo preguntara, el profesor haría bien en demostrarle que en toda la serie de conocimientos humanos nada hay que abone semejante afirmación. Dios es materia de fe o de opinión, todo menos algo probado y que como tal debe enseñarse.

El que escribe estas líneas puede ofrecer la experiencia de once hijos, que aun no habiendo sido instruidos con el rigor científico necesario, jamás tuvieron la ocurrencia de formular la pregunta antes dicha. De pequeños, porque no tenían idea alguna de ello, y de mayores porque sin duda en el ambiente del hogar, en el ejemplo de cuanto les rodeaba y en libros de que disponían —y los había de distintas tendencias— hallaban satisfactoria respuesta a las interrogaciones de su entendimiento. Su ateísmo será, pues, el fruto de su trabajo cerebral propio, no la lección aprendida del preceptor. Sus ideas todas serán su labor propia y peculiar, no la resultante de una acción ajena ejercida deliberadamente. La diferencia es esencial y nos parece de una claridad meridiana.

Como hasta el día y tal vez por bastante tiempo perdurará el antagonismo entre la enseñanza de la calle y de la casa, lo natural será que las criaturas pregunten por muchas cosas que no tienen ni fundamento científico, y en todo caso, el profesor deberá desvanecer las dudas de sus discípulos, cuidando, no obstante, de no operar un simple cambio de opiniones. La escuela no puede ni debe ser un club.

Por algo sostenemos que, en tiempo y sazón, todo ha de ser aplicado, pero solamente enseñado aquello que tenga sanción científica, prueba universal. Una buena parte de los problemas planteados por el entendimiento humano no tienen por solución más que hipótesis

mejor o peor fundadas, y es evidente que en su exposición ha de procurarse una neutralidad absoluta, porque la solución que a uno le parece indudable y racional, a otro le parece absurda, y de aquí que el racionalismo sea insuficiente para dirigir la enseñanza. Descartada toda materia de fe, la instrucción de la juventud quedaría reducida a la enseñanza de las cosas probadas y a la explicación de los problemas cuya solución no tiene más que probabilidades de certidumbre.

Pongamos algunos ejemplos. Ante la experiencia diaria que les hace ver que cuando llueve todos nos mojamos, que nada hay que no provenga de algo o de alguien, que no hay, en fin, efecto sin causa, los pequeños hombres, si no preguntan por la existencia de Dios, seguramente preguntarán por el origen del Universo. Llegada cierta edad no hay quien no se pregunte por el principio y la causa y por la finalidad y el acabamiento de todas las cosas. Y todo esto es de una dificultad innegable. ¿Qué hará el maestro? Para unos, puesto que no hay efecto sin causa, el mundo habrá tenido un origen y un principio, tendrá una finalidad y un acabamiento. Para otros, la serie de las causas y efectos no tendrá límite anterior ni posterior y el mundo existirá de toda la eternidad en el espacio infinito. Como todo cuanto nos rodea empieza y acaba, sucede por algo y para algo, los espíritus realistas optarán por la primera hipótesis. Los capaces de abstracción se decidirán por la segunda. No valdrá invocar la ciencia porque ella no puede actualmente, acaso no pueda nunca, darnos respuestas enteramente probatorias. Los que crean que la solución categórica está en el materialismo o el evolucionismo hablarán en nombre de una opinión o creencia (racionalismo), pero no harán sino esquivar, diferir el problema, figurándose haberlo resuelto mediante la sustitución de palabras. Lo intelectualmente honrado será, pues, que el maestro exponga con toda claridad los datos del proble-

ma y las hipótesis diferentes que tratan de aclararlo. Hacer otra cosa será siempre una imposición de doctrina.

Tyndall, cuya ciencia nadie pondrá en duda, terminaba la explicación de la teoría del calor como modo del movimiento preguntándose de qué manera podría concebirse un movimiento sin algo que se mueva y contestaba, con una sencillez verdaderamente sabia, que la ciencia contemporánea no podía responder a tal pregunta. ¿Y se querrá por nuestro bonísimo, pero inútil deseo, resolver de plano estas y otras cien cuestiones ofreciendo a los niños toda una ciencia acabada, fruto de la pretendida infalibilidad del racionalismo?

Poco importa que creamos que siempre ha habido una causa anterior y que la serie de las causas y efectos no tendrá término. La palabra infinito será un subterfugio de nuestro pensamiento, pero no una respuesta concluyente, y así no podremos ofrecer más que una opinión, no una certidumbre; una probabilidad, no una prueba. ¿Qué responderemos si el pequeño hombre se obstina en hallar un principio y determinar un final? Aquí del método de la libertad o si se quiere neutralidad, no del racionalismo precisamente: dejar que el pequeño hombre forme su juicio por sí mismo poniendo a su alcance cuantos conocimientos puedan ilustrar la cuestión.

Y este método de libertad, que nosotros proclamamos, es el exigible a cuantos se digan, piensen como piensen, respetuosos de la independencia intelectual del niño. Lo proclamamos, no a título de hombres de equidad y de recíproco respeto, en cuyo punto creemos que pueden coincidir gentes de todos los extremos de las ideas progresivas, si no entienden por enseñanza el adoctrinamiento de una opinión determinada.

Por eso creemos que los que se empeñan en establecer perfecta sinonimia entre el racionalismo y el anarquismo —que de ningún modo son equivalentes— harían bien en dejarse de rodeos y procla-

marse abiertamente partidarios de la enseñanza anarquista, porque esto significaría los términos de la cuestión, y si no a un acuerdo, podría, sin duda, llegarse a una delimitación completa de tendencias.

Aun a estos buenos amigos que en su entusiasmo por el ideal quisieran inculcarlo, tendríamos que objetarles que en cualquier terreno, y más en el de la enseñanza, la anarquía no debe ser materia de imposición.

Dos palabras aún para terminar esta serie de artículos.

Ptolomeo Philadelfo, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geómetra Euclides, que hiciese en su favor algo por allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos, y Euclides, le respondió: «Señor, no hay en la geometría senderos especiales para los reyes».

Compañeros: en la ciencia no hay senderos especiales para los anarquistas.

(*Acción Libertaria*, nº 22, Gijón, 12 de mayo de 1911)

El verbalismo en la enseñanza

Predomina, por desdicha, en todo lo que pretende ser nuevo, la influencia de lo viejo. El patrimonio de nuestros antepasados, que diría Le Dantec, con su enorme pesadumbre, impide el avance rápido de las conquistas y del conocimiento de la ciencia. La experiencia actual tiene por contrapeso poderoso la experiencia atávica.

Son las palabras el vehículo obligado en la transmisión de los conocimientos. Mediante ellas, van las generaciones transmitiéndose sus errores y sus verdades, más los primeros que las segundas. Imitadores los unos de los otros, no acertamos más que a emplear en la lucha las mismas armas de nuestros contradictores. Con palabras pretendemos destruir el imperio de las palabras.

Todo lo que es anterior a la ciencia se reduce a puro verbalismo. Detrás de la teología, de la metafísica especulativa, no hay más que artificios retóricos, frases bellas, figuras poéticas, pero ninguna realidad, ningún conocimiento positivo. Todo el pasado está impregnadísimo de una gran repugnancia por los hechos y por las realidades.

¿Qué hacemos los innovadores enfrente de la influencia perniciosa de ese verbalismo atávico?

Poco más o menos lo mismo que nuestros adversarios. Nos pagamos también de palabras. La magia de los nombres sonoros nos seduce. Y a unos conceptos altisonantes, oponemos otros altisonantes conceptos; a unas entidades metafísicas, contestamos con otras abstrusas entidades, a unos artificios, sustituimos otros artificios. La herencia es más poderosa que nuestra razón y que nuestra voluntad.

En el determinismo fisiológico y social hay explicación para el fenómeno, pero en la inconsciencia de la realidad y en la ignorancia del saber humano sería menester que buscáramos la causa eficiente de nuestra impotencia renovadora.

Pretendemos ser científicos, y andamos ayunos de ciencia. Queremos ser prácticos, y divagamos atrozmente. Soñamos con la vida sencilla y natural, y no hacemos más que acumular complicaciones y amontonar viejos o nuevos cachivaches. Es que hemos adquirido las palabras y no las realidades. Es que ha sonado agradablemente en nuestros oídos la palabra *saber*, pero no hemos podido todavía apoderarnos del ritmo armónico de su contenido. Somos nuevos por el deseo, caducos por el conocimiento.

Y así, tan verbalistas como nuestros contrincantes, giramos constantemente en un círculo vicioso.

En ninguna de nuestras manifestaciones activas como en materia de enseñanza se muestra más claramente esta triste realidad. En nuestras escuelas se atiborra a los niños de indigestas palabras que quieren ser algo, que algo encierran en el generoso deseo del que las profiere, pero que en realidad de verdad no llevan al cerebro ni un solo rayo de luz. Enseñamos y aprendemos, como antes, figuras retóricas, conceptos filosóficos, abstrusas metafísicas, artificios lógicos; nada de realidades, nada de verdades experimentales. Poner la experiencia, los hechos, ante las criaturas y dejar que ellas mismas se hagan su conocimiento, su lógica, su ciencia, es cosa que no entra en nuestros cálculos. Es más sencilla y más cómoda la rutina de darles opiniones hechas, de llenarles la cabeza de discursos vehementes, de sugerirles argumentos en correcta formación. Buena voluntad no falta. Lo que faltan son medios y conocimientos, educación pedagógica y ecuanimidad doctrinal.

Habríamos de aprender primeramente que en la realidad está toda la experiencia y que en la experiencia está toda la ciencia, para que nos diéramos cuenta de que la enseñanza se reduce a lecciones de cosas y no a lecciones de palabras. Y aprendiéndolo primero, estaríamos luego en camino de adquirir los mejores métodos, para que la

realidad misma, no el maestro, fuera grabando en el cerebro y en la conciencia de las criaturas aquellos ejemplos de bondad, de amor, de justicia que hubieran de constituir el futuro hombre de una sociedad de justicia, de amor y de bondad.

Sin quererlo, fabricamos hoy hombres a medida de nuestros prejuicios, de nuestras rutinas, de nuestra insuficiencia científica porque somos verbalistas y estamos nosotros mismos hechos a la medida de otros verbalismos que repudiamos. ¡Cuántos bellos discursos infructuosos! ¡Cuántos impotentes esfuerzos intelectuales de sugestión de ideas! ¡Cuántas energías malgastadas en vanas divagaciones!

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencillo que todo eso. Sin grandes sabidurías se pueden enseñar grandes cosas; diríamos mejor, se puede hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de imposición, se pueden obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que la rodea, los hechos de naturaleza y los hechos sociales, para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se forme su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones que acaso los más elocuentes discursos no lograrían meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, son la única base sólida de la razón. Sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comúnmente.

Nuestros esfuerzos, en materia de enseñanza, deben propender, no a un proselitismo extensivo, sino al cultivo intensivo de las inteligencias. Un puñado de niños hechos a su propia iniciativa, será

una mayor conquista que si ganáramos algunos millares de ellos para determinadas ideas.

Es de tal eficacia el factor *libertad*, que hasta en las criaturas educadas en el abandono da sus beneficiosos frutos. No hay golfo tonto ni pilluelo que no sea inteligente.

Y si en la humanidad persiste la esclavitud moral y material es porque precisamente se ha empleado en la enseñanza el factor *imposición*. El instrumento de esta imposición ha sido y es el verbalismo, el verbalismo teológico, metafísico o filosófico.

¿Queremos una enseñanza nueva? Pues nada de verbalismo ni de imposición. Experiencia, observación, análisis, completa libertad de juicio, y los hombres del porvenir no tendrán que reprocharnos la continuación de la cadena que queremos romper.

El verbalismo es la peste de la humanidad. En la enseñanza es peor que la peste: es la atrofia, cuando no la muerte, de la inteligencia.

(*El Libertario*, nº 7, Gijón, 21 de septiembre de 1912)

La razón no basta

No me convence el racionalismo, cualquiera que sea su significado. Me parece que tras esa palabra se esconde siempre algo de metafísica, de teología. Por el solo esfuerzo de la razón se construyen muy grandes cosas especulativas, pero casi ninguna sólida y firme. Y, sin embargo, muchos se pagan extraordinariamente de las resonantes palabras *racional*, *razón*, etc.

En general ponemos escasa atención en el examen y análisis de nuestras palabras y de nuestros argumentos; olvidamos que lo que uno reputa lógico, razonable, otro lo estima fuera de toda racionalidad y, lo que es peor, propendemos a creer firmemente que los dictados de la razón son algo universal e indiscutible, algo que todos debemos acatar.

Nada más lejos de la realidad. Contra los dictados de la razón se ha levantado el grandioso edificio de la astronomía; contra los dictados de la razón han caído religiones y sistemas filosóficos en completo olvido; contra los dictados de la razón se ha cumplido y se cumple el progreso de la humanidad. Porque es la razón humana la que ha forjado todos los errores históricos y la que ahora mismo mantiene al mundo en los linderos de la ignorancia y de la superstición. Aun los mismos que se reputan revolucionarios y hombres del porvenir, de supersticiones e ignorancias viven, con ignorancias y supersticiones argumentan, porque encasillados en los famosos dictados de la razón, no advierten que la razón, sin la experimentación, es puramente imaginativa y egoísta; no paran mientes sino en la lógica personal y exclusivista del *yo* y se lanzan a las mayores audacias desprovistas de todo fundamento.

De hombre a hombre hay, en materia de lógica, verdaderos abismos. Y como no sabemos de ninguna razón infusa capaz de im-

ponerse por sí misma a todos los humanos, forzoso será que hagamos un alto en nuestros entusiasmos racionalistas.

La naturaleza, la realidad, no es un silogismo, pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en ideas y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad, fundado precisamente en los dictados de su razón. Si se le dijera que otro armatoste metálico surca libre los espacios, negaríase también, en firme, a admitirlo. Su razón, todas las razones, dicen que cualquier objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Mas no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión: cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube; la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el horror al vacío. Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se le habían ocurrido, y entonces la razón se dio cuenta de que el agua sube por el tubo donde se ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción o presión atmosférica. Y esta explicación, que los encasillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una explicación de hecho, sobre la cual la razón puede construir todavía nuevas invenciones y nuevos errores.

En realidad, la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. Es verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo, van conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es preciso la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y, por encima de todo, la verificación, necesariamente a posteriori, de las consecuencias deducidas, para que la razón pueda levantarse modestamente, sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aún contaminados los que presumimos de hombres de porvenir y somos solamente unos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje de conocimientos positivos y de hechos de naturaleza nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y de otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precisamente lo contrario de lo que, al parecer, muy racionalmente anhelamos.

(*Acción Libertaria*, nº 10, Madrid, 25 de julio de 1913)

Por los bárbaros

Maravíllame el aturdido despertar de una porción de inteligencias jóvenes a las ideas nuevas. Y digo nuevas, sometido un tanto a los serviles modismos de una pobre literatura que se hincha con palabras y se nutre de vaciedades. Nuevas no lo son. Cualquier postura que se tome se acomoda bien a ésta o aquella filosofía del tiempo viejo. Quitad las formas y las influencias de la época y lo hallaréis todo, mejor o peor definido, en la sabiduría vulgar y en la sabiduría de casta. Cuestiones de método, injerto de ciencia desenvuelta en raquíticos arbustos de especulación naciente, refinamientos de la nerviosidad contemporánea, es cuanto de novedad puede ofrecerse al incauto lector que busca en el libro orientaciones sanas para su cerebro. Lo mismo en el período sociológico, que el político y el teológico, se debate un asunto primordial, un problema único, pero amplísimo, que abarca la existencia individual y la existencia de la humanidad entera: el derecho al desenvolvimiento integral. En cada tiempo, los términos del problema afectan una forma diferente; pero la incógnita permanece irreductiblemente lo mismo. Y es que, procediendo los hombres por tanteos, a la hora actual todavía no se sabe si hemos dado con la ecuación que, ligando por sus verdaderas relaciones los términos verdaderos de la cuestión, nos ha de facilitar el hallazgo inmediato del valor real de la incógnita.

La anulación del individuo se llama un día fe, después ciudadanía; el trabajo se organiza un tiempo en la esclavitud, en la servidumbre luego, en el salariado finalmente. Y el nacer de las teorías redentoras implica siempre las mismas pretensiones; ya se llame libre examen, ya igualdad ante la ley o bien emancipación del esclavo y supresión de la servidumbre, para venir a parar, como último término, en la libertad total de manifestación y de acción y en la igualdad económica y social. En suma: grados diferentes de una misma aspira-

ción que se resume en lo que hemos llamado el *derecho de desenvolvimiento integral de la personalidad como productor y como hombre*.

En nuestros días, cuando el pensamiento ha formulado los mayores atrevimientos, hallada, según creemos, la ecuación definitiva del problema, las inteligencias se han lanzado resueltamente por el sendero de las sorpresas intelectuales. Empiezan las singularidades, las posturas airosas, los gestos bellos, y en la infecundidad de un diletantismo personalísimo se consuma la obra extraordinaria del levantamiento de una Babel a la mayor gloria de los egoísmos individuales. En el despertar de la juventud sólo hay por el momento una cosa buena, noble, pura: la bondad del propósito. Pero a partir de esta bondad, cada uno mira para sí mismo y con mayor intensidad hacia el exterior de oropeles y plumajes que hacia dentro, donde radica el entero y positivo valor de la personalidad. La multitud queda sacrificada cuando no sumida en el desprecio olímpico de los escogidos: puesta en cruz siempre.

Así como tuvo Proudhon y tuvo Marx sus satélites, así como los astros brillantes de la escuela filosófica alemana hicieron su obra de proselitismo y dividieron las inteligencias en tantas cuantas legiones requerían sus distingos sutiles; así también nuestra juventud, nuestros apóstoles, nuestros novísimos precursores se han dividido hasta lo infinito, sumidos en la beatitud contemplativa de unas cuantas tesis hermosas, chocantes a veces, a veces crueles y antihumanas. Marx y Bakunin, Stirner y Nietzsche, Spencer y Guyau, todos los que han puesto en la labor especulativa un poco de arte o un poco de ciencia, todos los que han dado una nota vibrante, tienen a su devoción entusiastas partidarios cuya visualidad es apta solamente a través de un cristal único de coloración invariable.

Y allá van los preconizadores, jóvenes y viejos, atropelladamente tras un mundo nuevo, una sociedad libre, mientras su mentalidad

se extravía en el angosto cauce del dogma y de la secta, mientras su neurótica afectividad se diluye en una egoística moralidad infecunda, muerta. No hay liberación allí donde el exclusivismo de una tesis seca las fuentes de la verdad amplia, grande y generosa. No hay liberación allí donde sólo repercute armoniosamente un ritmo único. No hay liberación ni mental ni moral. Hay reproducción, bajo nuevas formas, de las viejas preocupaciones y de las viejas inmoralidades.

La propaganda marcha así envuelta en todo género de errores y particularismos: quien sólo para mientes en las necesidades materiales; quien canta monótonamente las excelencias de una vida que hasta ahora no merece la pena de ser vivida; quien se enajena en la contemplación arrobadora de la belleza harto lejana en medio de las miserias y de los horrores del momento; quien se encarama a las alturas de la superhombría y mira con desdén olímpico la pequeñez de los microbios, que trabajan como lobos y sudan sangre para que todo esto que vivimos no se derrumbe; quien, en fin, después de recorrer toda la escala del humanismo sentimental, va a encenagarse en la charca del más bestial egoísmo elevado a la categoría de suprema ley de los hombres.

Entretanto, los supervivientes de la esclavitud y la servidumbre, los mismos jornaleros del surco, del taller y de la fábrica, la masa ignorante y grosera que dicen algunos, allá se debate y revuelve rabiosa contra todas las fatalidades ambientes que la aniquilan. Sojuzgados, sometidos, materialmente anulados como hombres por falta de lo que gozan hasta las bestias, ¿qué gran obra no es la de los obreros que sin sutilezas filosóficas o artísticas está transformando el mundo en el fragor de las luchas contemporáneas?

La chispa, la luz, estará allí en la mentalidad de los precursores; la acción está aquí en el impulso irresistible de los bárbaros.

¿Hay dualismo? Si existe búsquese su origen en la sequedad y el particularismo de los *intelectuales*, palabreja inventada en mal hora para acusar la existencia de una casta más, cuando es preciso que no quede sobre toda la tierra ni un solo muro, ni un solo valladar, ni una divisoria, ni un amojonamiento.

Preconizamos una sociedad nueva a nombre de ideales amplísimos de emancipación integral. ¿Nos hemos emancipado nosotros mismos moral e intelectualmente? Mostramos a cada paso nuestros exclusivismos hasta el punto de que mientras abajo —permítaseme este lenguaje clásico de los tiempos heroicos de la sensiblería democrática y socialista— que mientras abajo, digo, se bate el cobre todos los días, arriba, entre los que alardean, quedamente o en alta voz, de una superioridad harto dudosa, se bate... la tontuna teorizante, se hace alarde de fatuidades intelectuales necias y se libra la batalla de los mezquinos personalismos y de los rencorcillos mal encubiertos.

Se me dirá que entre la multitud grosera e ignorante, que así entre los campesinos extenuados por un trabajo aplastante, como entre los obreros industriales embrutecidos por la fábrica, cuando no por la taberna, también la pasión hace estragos y el raquitismo de miras y la envidia y el encono esterilizan la fuerza necesaria a la emancipación personal y a la emancipación colectiva. Mas cuando esa fuerza es sacudida por cualquier circunstancia, la legión de esclavos sobrepónese a todas las minucias; y entonces es menester entonar himnos a la bravura, al espíritu grande de solidaridad, a los arrestos heroicos de los bárbaros. Hablad de aquel mágico erguirse del proletariado barcelonés, hablad del obrero de La Coruña, de Badajoz, de La Línea, de Sevilla y de tantas ciudades que hicieron en pocas horas por el advenimiento de la revolución más que las innumerables y largas tiradas de artículos y de discursos de los intelectuales. Salid de España: Holanda, Italia, Norteamérica, la República Argentina,

¿no han presentado en línea de batalla enormes masas conscientes de trabajadores solidarios en la más amplia y generosa labor humana?

Es menester aniquilar el prurito teorizante, dar garrote vil a todos los exclusivismos: al dogma, al espíritu sectario. ¿Autoliberación se ha dicho? Pues es preciso desembarazarse de los prejuicios de escuela, de los errores de método, de los vicios de estudio. Todo es verdad fuera de cualquier particularismo doctrinal. Exáltese cuanto se quiera la personalidad, que contra el encogimiento cobarde del individuo sometido a todas las brutalidades de la fuerza que le anula, grande, formidable es necesario que sea la reacción provocada. Cántese con fuerte y vigorosa voz la vida digna de ser vivida, que contra el moribundo aliento de una humanidad sojuzgada, famélica y enferma, enérgica, decisiva ha de ser la pócima que le retorne a las esplendideces de la existencia sana, alegre y satisfecha. Ríndase a la belleza, el arte, el tributo de los más puros entusiasmos, que contra la fealdad espantosa de una sociedad que se arrastra en todas las pestilencias y suciedades de la bestialidad ha de ser necesariamente poderoso el reactivo. Llevemos tan allá como quepa en los espacios de nuestra mentalidad la supremacía del hombre, su propio yo como eje de toda la existencia; que habituados a la vida servil, somos incapaces de comprender que todo se deriva de nosotros mismos y que el más hermoso ideal de todos los ideales es aquel que formulamos al afirmar que la labor de los siglos y de las generaciones no es para el hombre más que uno: el de superarse a sí mismo. Vayamos tras el hombre nuevo, trepemos animosos por los abruptos riscos; que la fe, sin embargo, no nos siegue hasta el punto de olvidar que no hay un término para el desenvolvimiento humano; que el ideal se aleja tanto más cuanto más a él nos aproximamos; que la cima, en fin, es inaccesible. Pero abramos de par en par las puertas de nuestro entendimiento, reuniendo en una amplia síntesis el contenido de la

aspiración suprema, de la cual no son más que elementos componentes todas esas parciales doctrinas que parecen dividir a las falanges que preconizan una sociedad libre. El desarrollo integral de la personalidad, el anarquismo sin prejuicios, sin particularismos, tal es la expresión genérica, universal, positiva de tantas y tantas al parecer divergentes tesis de nuestros jóvenes, de nuestros precursores y de nuestros propagandistas.

Cuando esto se haya hecho habrá comenzado la autoliberación, cuya necesidad viene impuesta por el desarrollo de las ideas y las exigencias de la lucha. Pero no habrá hecho más que comenzar. Faltará todavía que nadie se encierre en su torre de marfil, que nadie pretenda quedarse en las cumbres del saber, engreído que se desvanece con los sahumerios de su propia soberbia. Antes que seres pensantes, antes que artistas, somos animales de carne y hueso que necesitamos nutrirnos, llenar el estómago, cumplir todas las funciones fisiológicas, acallar la bestia para que el hombre surja. Es menester mirar a las multitudes que mal comen y mal visten, que lo ignoran todo porque de todo carecen, que arrastran una existencia más miserable que la de los brutos; y mirarlas, no por caridad ni por humanidad, sino porque tienen el mismísimo derecho, a su total desenvolvimiento que el más pulcro, el más sabio, el más esteta de los intelectuales, de los escogidos; porque la emancipación, para ser real y efectiva, ha de ser universal, que en medio de un rebaño de hombres nadie podría gloriarse de gozar libertad, bienestar y paz.

Si no hubiere íntima comprensión entre todos los que de un modo o de otro sufren las consecuencias de los anacronismos sociales; si se hiciere de los ideales modernos regalo exquisito de los entendimientos superiores y se dejara a la masa ignorante —que no lo es más que en los términos de una petulancia sabia inaguantable—; si se dejara a los bárbaros abandonados a su estultez y a su miseria, ni

la emancipación llegaría jamás para los humanos, ni sería, en último término, para los que la fían a su propio esfuerzo y a su propio valer, más que un espejismo que, al cabo, les llevaría a la negación y a la degradación de sí mismos.

«Por los bárbaros» ha de ser el lema de los preconizadores de una sociedad nueva. Pan, mucho pan para los estómagos vacíos; abrigo confortable y abundante para los ateridos de frío, para los desnudos; vivienda amplia, bien oreada, con mucha luz y alegría para los que se acurrucan en sombríos tugurios; y venga luego, o mejor al propio tiempo, ciencia, mucha ciencia; arte, mucho arte; venga la vida gozada intensamente en todas sus modalidades; venga la obra personalísima de trepar por los abruptos riscos; venga el caminar sin tregua tras el más allá jamás logrado. Cada uno de nosotros no vale más que su vecino por mísero que sea. No vale una buena pluma, una bella palabra más que un golpe de martillo que forja el hierro, que labra la piedra, que abre la mina; no vale más que la cuerda por donde el pocero se descuelga para limpiar las basuras comunes. No debería ser menester que tal se dijera a las alturas sociológicas a que hemos llegado y de que muchos se envanecen; pero lo es, sin duda ninguna, porque todavía estamos en las mantillas de una liberación muy voceada, pero incumplida.

Es necesaria esta liberación para todos los preconizadores de una sociedad libre. No hagamos, por ello, capillas; no levantemos muros divisorios. La anarquía es la aspiración a la integridad de todos los desenvolvimientos. Trabajemos, pues, en bloque por la emancipación de todos los hombres, emancipación económica, emancipación intelectual, emancipación artística y moral.

La pobre presunción de un puñado de hombres que haya podido concebir con alguna amplitud este porvenir hermoso y grande, humanamente justo, vale bien poco. Son los bárbaros los que empu-

jan vigorosamente, los que van derechos al mañana entrevisto, los que con su acción decidida, muy grosera, pero muy eficaz, despiertan las soñolientas imaginaciones de nuestros jóvenes y de nuestros precursores. Son los bárbaros que golpean furiosamente nuestra mentalidad y nuestra efectividad, sumergida todavía en los atavismos filosóficos y dogmáticos; que golpean con igual furia a las puertas de la fortaleza capitalista y autoritaria.

¿Odios? ¿Palabras gruesas? ¿Adjetivos duros prodigados en demasía? ¿Para qué?

Lo que hace falta son ideas, ideas e ideas; acción, acción y acción. Y después, que los superhombres, los escogidos, los talentosos, tengan todavía el arranque, que pudiera juzgarse sacrificio, de repetir conmigo: *todo por los bárbaros*.

(*La Revista Blanca*, nº 124, Madrid, 15 de agosto de 1903)

La gran mentira

Es viejo cuento. Con el señuelo de la revolución, con el higuí de la libertad, se ha embobado siempre a las gentes.

La enhiesta cucaña se ha hecho sólo para los hábiles trepadores. Abajo quedan boquiabiertos los papanatas que fiaron en cantos de sirena. El hecho no únicamente imputable a los encasillados aquí o allá. Las formas de engaño son tan varias como varios los programas y las promesas. Arriba, en medio y abajo se dan igualmente cucos que saben encaramarse sobre los lomos de la simplicidad popular.

La promesa democrática, la promesa social, todo sirve para mantener en pie la torre blindada de la explotación de las multitudes. Y sirve naturalmente para acaudillar masas, para gobernar rebaños y esquilmarlos libremente. Aun cuando se intenta redimirnos del espíritu gregario, aun cuando se procura que cada cual se haga su propia personalidad y se redima por sí mismo, nos estrellamos contra los hábitos adquiridos, contra los sedimentos poderosos de la educación y contra la ignorancia forzosa de los más. Los mismos propagandistas de la real independencia del individuo, si no son bastante fuertes para sacudir todo homenaje y toda sumisión, suelen verse alzados sobre las espaldas de los que no comprenden la vida sin cucañas y sin premios. Que quieran que no, han de trepar; y a poco que les ciegue la vanidad o la ambición, se verán como por ensalmo llevados a las más altas cumbres de la superioridad negada. Es fenómeno harto humano para que por nadie pueda ser puesto en duda.

La gran mentira alienta y sostiene este miserable estado de cosas. La gran mentira alienta y apuntala fuertemente este ruin e infame andamiaje social que constituye el gobierno y la explotación, el gobierno y la explotación organizados, y también aquella explotación y aquel gobierno que se ejercen en la vida ordinaria por todo género de entidades sociales, económicas y políticas.

Y la gran mentira es una promesa de libertad repetida en todos los tonos y cantada por todos los revolucionarios; libertad reglada, tasada, medida, ancha o estrechamente, según las anchas o estrechas miras de sus panegiristas. Es la mentira universal sostenida y fomentada por la fe de los ingenuos, por la creencia de los sencillos, por la bondad de los nobles y sinceros tanto como por la incredulidad y la cuquería de los que dirigen, de los que capitanean, de los que esquilman el rebaño humano.

En esa gran mentira entramos todos y sálvese el que pueda. Las cosas derivan siempre en el sentido de la corriente. Vamos todos por ella más o menos arrastrados, porque la mentira es cosa sustancial en nuestro propio organismo: la hemos mamado, la hemos engordado, la hemos acariciado desde la cuna y la acariciaremos hasta la tumba. Revolverse contra la herencia es posible y, más que posible, necesario e indispensable. Sacudirse la pesadumbre del andamiaje que nos estruja no es fácil, pero tampoco imposible. La evolución, el progreso humano, se cumplen en virtud de estas rebeldías de la conciencia, del entendimiento y de la voluntad.

Mas es menester que no nos hagamos la ilusión de la rebeldía, que no disfracemos la mentira con otra mentira. Somos a millares los que nos imaginamos libres y no hacemos sino obedecer una buena consigna. Cuando el mandato no viene de fuera, viene de dentro. Un prejuicio, una fe, una preferencia nos somete al escritor estimado, al periódico querido, al libro que más nos agrada. Obedecemos sin que se quiera nuestra obediencia y, a poco andar, conseguiremos que nos mande quien ni soñado había en ello. ¡Qué no será cuando el propagandista, el escritor, y el orador lleven allá dentro de su alma un poco de ambición y un poco de domadores de multitudes! La mentira, grande ya, se acrece y lo allana todo. No hay espacio libre

para la verdad pura y simple, sencilla, diáfana de la propia independencia por la conciencia y por la ciencia propias.

Llamarnos demócratas, socialistas, anarquistas, lo que sea, y ser interiormente esclavos, es cosa corriente y moliente en que pocos ponen reparos. Para casi todo el mundo lo principal es una palabra vibrante, una idea bien perfilada, un programa bien adobado, y la mentira sigue y sigue laborando sin tregua. El engaño es común, es hasta impersonal, como si fuera de él no pudiéramos coexistir.

Revolverse, pues, contra la gran mentira, sacudirse el enorme peso de la herencia de embustes que nos seducen con el señuelo de la revolución y de la libertad, valdrá tanto como autoemanciparse interiormente por el conocimiento y por la experiencia, comenzando a marchar sin andaderas. Cada uno ha de hacer su propia obra, ha de acometer su propia redención.

«Utopía», se gritará. Bueno, lo que se quiera, pero a condición de reconocer entonces que la vida es imposible sin amos tangibles o intangibles, seres vivientes o entidades metafísicas; que la existencia no tendría realidad fuera de la gran mentira de todos los tiempos.

Contra los hábitos de la subordinación podrán en tal caso las más ardientes predicaciones. Triunfantes, habrán destruido las formas externas, no la esencia de la esclavitud. Y la historia se repetirá hasta la consumación de los siglos.

La utopía no quiere más rebaños. Frente a la servidumbre voluntaria no hay otro ariete que la extrema exaltación de la personalidad.

Seamos con todo y con todos respetuosos —el mutuo respeto es condición esencial de la libertad—, pero seamos nosotros mismos. Antes bien hay que ser realmente libres que proclamárselo. Soñamos en superarnos y aún no hemos sabido libertarnos. Es también una secuela de la gran mentira.

(*El Libertario*, nº 3, Gijón, 24 de agosto de 1912)

Las viejas rutinas

Es pasmoso cómo arraigan en el espíritu humano los conceptos hechos, las ideas fijas, los prejuicios tradicionalistas. Dijérase que, después de adquirida una noción cualquiera, el hombre la sigue mecánicamente, la obedece por instinto, sin intervención alguna del raciocinio. Quien nos examinara desde un ambiente distinto del humano, no nos distinguiría del perro que ladra sistemáticamente al que pasa y se humilla ante el que le pega. En la sumisión a la costumbre nada nos diferencia de los que reputamos irracionales por la sola razón de que no los entendemos.

Si es verdad que cualquier especie animal permanece invariablemente la misma a pesar de las repetidas y continuas experiencias hereditarias, no lo es menos que al animal-hombre casi no le ha servido de nada su larga experiencia histórica, ni este mismo privilegio de registrar espiritualmente sus experiencias. Educado en la práctica autoritaria, no acierta con ningún remedio que no sea calcado en el ejercicio de la autoridad y en la obediencia a la autoridad. Instruido en el trabajo servil, no se le ocurre ningún expediente que le permita trabajar en libertad para subvenir lo mejor que pueda y sepa a sus necesidades. Perro fiel a su amo, acata al cura, sirve al propietario, obedece al jefe. Si lo sustraéis a este dominio, a buen seguro que no sabrá qué hacer de su persona. Se encontrará como desorientado en la inmensidad de un desierto o en el enredijo de indescifrable laberinto. Las viejas rutinas son el alma del hombre y, sin ellas, el rey de la creación quedaría por debajo de la más ruin alimaña. La soberbia humana va de tumbo en tumbo en cuanto pierde los andadores.

Nuestras mismas ponderadas filosofías, nuestras pomposas ciencias, no son sino modulaciones sobre el eterno tema de la vida rutinaria, del pensamiento encasillado, de la acción metodizada, prisionera, sometida. La razón y sus sutilezas sólo han servido

para variar hasta lo infinito las formas de la subordinación y de la servidumbre.

Por grados, los sistemas filosóficos, las concepciones ideales, siempre renovadas, han parecido ascender en dirección progresiva. Pero si se nos examina despacio, se ve pronto que todos parten de las mismas viejas rutinas, pasan por los mismos prejuicios y arriban a los mismos errores: autoridad, propiedad, casta, privilegio.

Se toma al hombre como a un animal domesticable. Consecuencia obligada: unos domestican, otros son domesticados; unos mandan, otros obedecen; aquéllos poseen, éstos trabajan. Hay gobernantes y gobernados, propietarios y proletarios; en suma: amos y esclavos. La experiencia fisiológica y la experiencia histórica no han dado más de sí.

¡Qué ímprobo trabajo el de llevar a las inteligencias la necesidad y la justicia de la vida libre! Aun en los más clarividentes, las viejas rutinas se atropellan con inusitado estrépito para oponerse a la utopía. En vano será que apeléis al poder de la lógica, de cuyo dominio tanto se ufana el hombre; en vano que mostréis cómo por naturaleza las fuerzas universales llevan en sí mismas la razón de sus convergencias y de sus divergencias; en vano que acumuléis hechos, relaciones, analogías para demostrar que en la ecuación de las actividades humanas la legislación y la propiedad son en cantidades extrañas. Sistemática, mecánica y obstinadamente, las viejas rutinas repetirán la misma cantinela.

Y aun cuando el espíritu humano se muestra propicio a la razón y se lanza a formular términos de progreso, de mejoramiento, de emancipación, no es raro ver cómo de nuevo cae en los mismos prejuicios y reproduce las mismas rutinas. Bajo la promesa de libertad, hay siempre la sugestión de una nueva servidumbre; bajo el anuncio

de la igualdad, hay siempre el fermento de nuevos privilegios. La tradición manda. El doméstico acata. Las viejas rutinas prevalecen.

Tantas cuantas veces el credo social se ha renovado, otras tantas ha caído en el autoritarismo y en la desigualdad. Lentamente los factores hereditarios recobran su influjo y al fin se imponen.

El socialismo actual es un ejemplo patente de estas reviviscencias. La evolución regresiva iniciada el mismo día de su nacimiento, lo conducirá a su total negación. Cuanto más poderoso se hace, más autoritario se torna. Es un proceso de identificación con la rutina ambiente. Se le acepta tanto más, cuanto más se le acomoda a la tradición autoritaria, fuertemente arraigada en las gentes de todas las calañas.

El perro continúa ladrando al que pasa y lamiendo la mano al que pega.

¿Evolución progresiva? Sin duda. Mas en el correr de los tiempos la ímproba labor emancipadora apenas se advierte; ¡tan aferrados estamos a la sinrazón de nuestra razón y al oropel de nuestra ciencia! Es difícil ser nuevo con todo el bagaje tradicional a cuestas, arriesgando ponerse delante de la corriente de los siglos, temerario lanzarse al ignoto futuro. Más fácil y más cómodo y más tranquilo es dejarse conducir y bailar al son que nos tocan. Tenemos demasiado de rebaño. Y los hay que tienen mucho de danzantes. No faltan tampoco los malos cómicos ni los cínicos explotadores de la ignorancia y de la simpleza popular.

¿Vida libre? ¿Igualdad de condiciones? ¿Solidaridad humana? ¡Bah! Desvaríos de manicomio. Las viejas rutinas; eso es lógica, sabiduría y ciencia.

Mañana como hoy, y hoy como ayer, quieren los imbéciles que el perro ladre al que pasa y lama la mano al que le pega.

Aunque el perro se llame hombre.

(*Acción Libertaria*, nº 1, Madrid, 23 de mayo de 1913)

Cómo se afirma un método

Ricos somos en ideas, pobres en hechos. Hasta la razón llegan con bastante facilidad los teoremas de la lógica ideal; más el rigorismo de la práctica encuentra difícilmente anchos caminos donde espaciarse. Los que dejamos vagar la imaginación por el edén del porvenir soñado, ¡con cuánta frecuencia en la brutal realidad damos de bruces sin percatarnos de la irreductible contradicción de nuestra conducta!

Propagadores de ideales nuevos, ponemos casi siempre manos a la obra sin que acertemos a diferenciarnos, en los detalles mil de la realidad, de aquellos otros que, fieles a la rutina, piensan y sienten y ejecutan al unísono como modelados e inspirados por la más íntima concordancia entre la idea y el hecho. Cristalizan éstos en el pasado; se están formando aquéllos con los yugos del presente y las brisas del porvenir. Somos el hoy que sueña en el mañana. ¡Qué mucho[1] que la contradicción sea flagrante!

Mas en el imperio de la razón, la consecuencia obliga. Hay necesidad de que al idealismo declamatorio, al continuo proclamar las excelencias de un principio, al reiterado pregón de las aspiraciones nuevas, respondan los hechos afirmando con su lógica cerrada aquellos o aquel método según que la vida futura ha de desenvolverse a la medida de nuestras concepciones.

De todas las *cracias* y de todos los *ismos* que determinan nuestra mentalidad o nuestro ideal, son los más eficaces aquellos que encuentran mantenedores decididos en el terreno de la práctica. Una democracia que gana en jerarquías a los mismos poderes caducos; un socialismo que en materia de disciplina no tiene nada que envidiar al ejército mejor organizado; un anarquismo que, pasándose de listo, establece oligarquías disimuladas, podrán vivir saturados de

1. Expresión en desuso que equivale a «Cómo extrañarse de».

grandes, muy grandes ideas, pero no acertarán jamás a afirmar su grandeza en el ambiente de la vida, no lograrán jamás traducirse en hechos, sugestionando y arrastrando tras sí a la gran masa que carece de tiempo para entregarse a estudios filosóficos.

Hay un libro inmenso, más elocuente que ninguno: el libro de todos, de la experiencia de todos. Que vayan unos cuantos a buscar entre las páginas del pobre saber humano la esencia misma de todas las razones: siempre la incontable muchedumbre quedárase a oscuras si esas razones no se las escribe en el libro universal de la realidad ambiente, de la práctica cotidiana.

Caen, pues, las democracias porque el ideal no tiene traducción eficaz en la experiencia, porque la realidad no corresponde a lo soñado, aun cuando aquélla sea fiel trasunto de un principio filosófico bien preciso. Fracasa el socialismo cuando las gentes se percatan de que los adeptos de la buena nueva social no son sino tristes plagiarios de las cosas de antaño y de las cosas de hogaño. Fracasa igualmente el anarquismo cuando, a poco que se hurgue, se encuentra en sus mantenedores, próximo a la corteza libertaria, el material leñoso y el corazón del autoritarismo.

Confiados todos en que el milagro de la transformación se verifique como por encanto, damos riendas sueltas a las palabras bellas, a las declaraciones tribunicias, a las ardorosas afirmaciones de la eterna aspiración, sin que en la realidad se produzca ni un solo conato de experiencia del método, de práctica del principio. Y aun para engañarnos, buscamos fáciles explicaciones a nuestra falta de correlación y creemos haberlo hecho todo cuando nos lavamos de toda culpa en el Jordán del medio ambiente.

En realidad, de verdad, no se afirma así el porvenir. Buenas son las razones que sensibilizan el entendimiento; mejores los hechos que en él se gravan para no borrarse jamás. No es suficiente para afirmar

la aspiración anarquista aducir razones sobre razones y amontonar las pruebas dialécticas. En este terreno permanecería mucho tiempo como diletantismo de un puñado de innovadores. Es necesario, además, que los adeptos de aquel ideal lleven a la vida ordinaria, sobre todo a la vida societaria, las prácticas, todas las prácticas posibles del método preconizado. Es necesario que vean las gentes y cien grupos, una asociación grande o chica y una o más federaciones de grupos, de colectividades, cualquiera que sea su naturaleza y cualesquiera que sean sus fines. Es necesario que vean las gentes cómo sin previos reglamentos y sin imposiciones del número los hombres pueden coordinar sus fuerzas y realizar una labor común. Es necesario que vean las gentes cómo la solidaridad puede ser un hecho, con las limitaciones naturales del Estado social presente, sin esas monstruosas ordenanzas que van señalando paso a paso y minuto a minuto el modo y la forma de que el individuo traduzca aquello mismo que lleva en su constitución y en su sangre y, por añadidura, en su entendimiento. El anarquismo, como cualquiera otra doctrina, ha de llegar a la universalidad de las gentes por la mediación de la experiencia. Es indispensable que se le lea en este gran libro, ya que, por otra parte, no todos pueden ir a buscarlo en los tratados de filosofía o de ciencia.

Larga, muy larga, será quizá esta obra. Tan larga como se quiera, demanda toda nuestra paciencia, y toda nuestra perseverancia. Es así como se afirma un método y es así como quisiéramos ver a cada momento traducido el ideal.

Bajo ningún pretexto es disculpable que llevemos en los labios la palabra *libertad* sin que los hechos respondan de que es sincera. No hay motivo de táctica, ni excusa de gastada habilidad que impida a un anarquista, cuando realiza una obra de asociación, de propa-

ganda o de lo que fuere, realizarla conforme al método que ensalza y encomia.

Somos ricos en palabras y en ideas. Seamos ricos en hechos, que es así como mejor se afirma el ideal.

(*Acción Libertaria*, nº 20, Madrid, 3 de octubre de 1913)

La bancarrota de las creencias

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No quedan en pie a estas horas sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntáis lo mismo a las gentes cultas que a las que llevan todavía taparrabo intelectual, y quieren contestaros en conciencia, os dirán que ha muerto para siempre la fe; la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica, que ha defraudado tantas esperanzas.

Muerto todo el pasado, las miradas giraron anhelantes hacia el sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud diose nuevos ídolos y ahora mismo andan los conspicuos de las creencias nuevas predicando a diestro y siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La peligrosa logorrea de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los sabios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad, de verdad, no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia; hay ciencias. No hay cosas acabadas; hay cosas en perpetua formación. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en constante elaboración, aquello que constituye o va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, demostraríamos únicamente, quien tal dijere, que buscaba en las ciencias lo que ellas no pueden darnos. No quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes quebró la fe, son las creencias.

La comodidad de creer sin examen o después de deliberación madura, unida a la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que a la fe teológica haya sucedido la fe filosófica y más tarde la fe científica. Así, a los fanáticos religiosos y a los fanáticos políticos siguen los creyentes en una multitud de *ismos* que si abonan la mayor

riqueza de nuestros entendimientos no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

¿Pero qué significa el clamoreo que a cada paso se levanta en el seno de los partidos, de las escuelas y de las doctrinas? ¿Qué ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma iglesia? Es sencillamente que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito, el santo y loco entusiasmo, forja nuevas doctrinas, y las doctrinas nuevas creencias. Se anhela algo mejor, se persigue lo ideal, se busca noble y elevado empleo a las actividades, y apenas hecho ligero examen, si se da con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia, arrastrándose entonces a todo, dirige y gobierna nuestra existencia entera; absorbe todas nuestras facultades. No de otro modo es como las capillas, como las iglesias, chicas o grandes, se alzan poderosas por todas partes. La creencia tiene sus altares, tiene su culto, tiene sus fieles, como los tuvo la fe. Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones temibles. Y esta hora luminosa es aquélla en que un pensamiento maduro se pregunta a sí mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un Dios en cuyo altar quemábamos el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Muchas cosas se desmoronan dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearon. Sentíamonos molestos con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran a convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre, y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas, y ya no osamos afirmarla. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva inmediata, y ya no la gozamos. Sentimos miedo de nosotros mismos.

¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa vacuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y por la ceguera de los que se creen repletos de grandes e incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción vida aparente a un cadáver cuyo enterramiento sólo espera la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, el hombre que medita sobre sus opiniones y actos en la silenciosa soledad a que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene a la humanidad en pie de guerra y se apercibe a la reedificación de su espíritu.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las diarias batallas de personalismos, de enconos, de odios y de envidias, de vanidades y de ambiciones, de las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizáramos en las conciencias de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos más que dudas e interrogaciones. Confesarían pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarían afirmando la creencia cerrada aquéllos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta les da de comer.

¿Es acaso que la humanidad va a precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensamos como viejos creyentes que lloran ante el ídolo que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper un

anillo más de la cadena que la aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para asistir sereno al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre piedad para los inválidos.

Creímos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar a préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un entusiasmo virgen, parecemos renovados, mas al cabo, el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios, y así, aun los más puros se hunden, al fin, en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce a todos los defraudadores.

¿Estaremos en un circuito de hierro? Más allá de todas las hecatombes la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme a nuestras tesis particulares, si no suceden tal como pretendemos que sucedan, ello no abona la negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación persiste, el cambio continuo se cumple, todo evoluciona: medio, hombres y cosas. ¿En qué dirección? ¡Ay! Eso es lo que precisamente queda a merced de la inconsciencia de las multitudes; eso es lo que, en último término, decide un elemento extraño a la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas, de todas las elecciones, de todos los progresos, la humanidad no tiene, no quiere tener más credo que la violencia. ¿Acierta? ¿Se equivoca?

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las

fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en ese momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de creencia, que cortemos todo atadero y resurjamos a la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el devenir, el más allá que se refleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más deprisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquéllos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquéllos que hacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquéllos que puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hacen plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales, pululan el charlatanismo y el endiosamiento, el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, más pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se empina pavoneándose escudada en la ignorancia general. En todas partes, la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de héroe, es menester pasar impávidos a través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre los maderos que crujen, los techos que se hunden, los muros que se desploman. Y cuando no queden más que cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba, no restará para los que vengan después más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en el campo fértil del humano crezca la creencia, y la creencia, a su vez, vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual. Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el pensamiento en el porvenir y el corazón en el bienestar común, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se solivianten todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; más allá de la anarquía hay también un sol que nace, que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.

(*La Revista Blanca*, nº 10, Madrid, 1 de diciembre de 1902)

Basta de idolatrías

Me lo decían amigos queridos, y me resistía a creerlo. La evidencia ha venido a mí en forma de alegorías y postales y también en forma de noticia periodística.

Tan baja mentalidad no podía suponerla en gentes que se llaman radicales, que se llaman socialistas, que se llaman anarquistas. «¡Cómo! —me decía— si eso que se me cuenta es cierto; si tan hondo hemos caído, ¿no habrá una sola voz que se alce en son de protesta, que execre la ruin y vil idolatría, que rechace valientemente toda complicidad con labor tan nefasta?».

Un día el fetichismo se manifiesta en forma de reuniones apologéticas, de artículos encomiásticos, de glorificaciones que rechaza el más débil espíritu de justicia. Otro día se revela en manifestaciones callejeras, en aclamaciones serviles, en endiosamientos que degradan, que encanallan a la multitud. Y la ola crece hasta el arrollamiento de toda consideración de decencia y de honestidad públicas.

De un lado Lerroux, de otro Ferrer. No me importan los hombres. No quiero juzgarlos ahora. Tiempo habrá de tirar resueltamente de la manta, si ello es necesario. Lo que me importa, lo que importa a todos ahora son las manifestaciones de baja idolatría, de indigno fetichismo hechas al uno y al otro.

Unos hombres que rinden las banderas al paso de Lerroux como el ejército rinde las armas al paso del rey o al paso de Dios; unos hombres que entonan himnos al caudillo, que le reverencian y le agasajan en todas formas, que casi le adoran por su linda estampa más que por sus ideas, esos hombres no pueden alardear de ideas progresistas o radicales y miente quien diga que con tales gentes vive el espíritu de rebeldía y que tales hombres enarbolan la roja bandera de la revolución. Esos hombres no son radicales, no son progresivos; son lacayos o peor que lacayos, capaces de sustituir a los nobles

brutos que arrastran el coche del señor. Y aquellos que reciben y aceptan tales homenajes y tales servilismos sin protesta, ni quieren la elevación moral del pueblo ni hacen nada por emanciparle. Le engañan, le explotan, le envilecen.

¿Y qué decir de los que han hecho de la antiartística alegoría, de la postal ridícula, del dije y del medallón pretenciosos, signo de rebeldía, de revolucionarismo? Ahora mismo tengo delante una tarjeta ignominiosa: un trozo de tela con el rostro de Ferrer rodeado de una corona de espinas y en lo alto un letrero que dice: *Ecce Homo*. Abajo una burda representación de su fusilamiento por Maura y secuaces. Sólo falta la Magdalena, sin duda porque el autor se olvidó de Soledad Villafranca. ¿No es horriblemente ridículo, no es una burla sangrienta, no es una brutalidad incalificable semejante modo de endiosamiento, de cristalización del ferrerismo? ¿No es ello una revelación evidente de que hay revolucionarios de pacotilla que adoran en el hombre y por el hombre?

Quienes tales cosas hacen, quienes tal obra secundan, ni pueden ser anarquistas, ni pueden ser socialistas, ni pueden ser radicales. Son sencillamente idólatras, cristianos de Ferrer, Torquemadas rojos, almas de fraile dentro de blusas de obreros, salvajes europeos capaces de arrojarse al paso del carro de los dioses para que los aplaste y triture. No hay manera de conciliar estas manifestaciones, más que primitivas, vesánicas, de un fanatismo bestial, con cualquier idea progresiva, mucho menos con el ideal anarquista. Y si hay anarquistas capaces de laborar por este fetichismo de un modo activo o de un modo pasivo, para ellos, más que para los otros, ténganse por dichas las palabras duras y cortantes que más vivamente expresen la indignación del que escribe.

Toda complicidad con esos dos fanatismos por dos personas, así ellas valieran lo imponderable, es imposible para un hombre de ideas, de recto juicio, de pensamiento libre de rutinas y prejuicios.

Y es bien seguro que cuantos se estiman en su propia dignidad, que es como estimarse en su propia libertad, condenarán francamente esa pestilencia de los amuletos, de las estampillas y de las efigies de la religiosidad revolucionaria, diríamos mejor, pseudorrevolucionaria.

Hombres libres por encima de todo, podremos ser tolerantes, somos tolerantes con todas las ideas; jamás nos rendiremos al fanatismo por los hombres, así sean más representativos que los mismos supuestos dioses. No ayudaremos a forjar una nueva cadena aunque sean de oro y de diamantes sus eslabones.

Un cerebro libre, un corazón entero, una conciencia recta, no puede sino abominar de todas esas bajezas idolátricas que degradan, que encanallan a las multitudes.

(*Acción Libertaria*, nº 9, Gijón, 13 de enero de 1911)

Por la cultura

Periodistas, literarios y políticos no saben pasarse sin una plataforma de temporada para entretener el respetable público.

Ahora mismo han puesto de moda el tema de la cultura y no pasa día sin que le dediquen largas, latas y enfadosas parrafadas.

En verdad que el asunto es de verdadera importancia para todos. Nosotros se la concedemos sin regateo.

Somos un pueblo rezagado, casi dormido, que apenas se conmueve por nada. El desarrollo intelectual es poco más que nulo y la voluntad no suele resolver a la acción por impulsos reflexivos, movida a veces solamente por los pasionales. El pensamiento no sirve aquí sino para formar *Chateaux* en *Espagne*,[2] que dicen nuestros vecinos los franceses. Y en esto nos quedamos.

¿Quién duda de la imprescindible necesidad de cultura en que vivimos? ¿Quién duda de la eficacia de una labor intensamente cultural que sacudiera la pereza de las inteligencias?

Saltar, en tiempo y razón oportunos, del *yo quiero* contemplativo, al *yo hago* fecundo, sería inmediato resultado de aquella indicada labor.

Mas para tan grande obra, carecemos en España de elementos adecuados. Los llamados intelectuales son, en su mayor parte, verbalistas y, por añadidura, abúlicos. Los que se atribuyen la misión de dirigirnos, los políticos, son profesionales de la trampa y del escamoteo, hueros de meollo, incapaces de grandeza, raquíticos de alma y de corazón.

Así, toda la obra presente de cultura se resuelve en una enorme mentira convencional. Nadie lo ignora, pero casi todo el mundo lo calla: los centros de enseñanza privada u oficial son templos de

2. Expresión figurada: «Hacer castillos en el aire».

castración y de atrofia; los programas, tupida malla de enredijos de pretendida ciencia; los años de estudio y los métodos de enseñanza, eterno y sostenido aprendizaje de masturbación intelectual. Título académico es frecuente equivalencia de imbecilidad incurable.

Sobre ese carril resbaladizo, continuamos deslizándonos felices. Se han instituido enseñanzas nuevas, nuevos centros de instrucción popular con pretensiones de sano practicismo, de viable reforma, y los nuevos centros no son sino triste remedo de los antiguos.

El mismo profesorado carece, en general, de condiciones, cuando no de bastantes conocimientos para la enseñanza. ¿Y cómo no, si es el fruto maduro de la rutina, de la castración y de la atrofia?

Persisten los mismos factores, los mismos medios, los mismos procedimientos, hasta los mismos cachivaches y las mismas corruptelas del tiempo viejo. Fuera de los pretendidos templos de la sabiduría oficial, ¡qué pobreza, qué lastimosa pobreza de acción! En lucha a brazo partido con la penuria, la enseñanza privada ha de limitarse a copiar servilmente la enseñanza oficial, cuando no la empeora y agrava. Toda la idealidad se reduce a la conquista del garbanzo. Verdad que el profesorado sería heroico, si no fuera esclavo, siervo y paria de la miseria.

Y ya no queda más que la obra de los escritores bregando un día y otro por la anhelada regeneración y la obra legislativa de los gobernantes.

Con permiso de unos y otros, diremos lisa y llanamente que lo que se necesita no son artículos, discursos y leyes, sino hechos y hechos.

Porque hemos llegado a un punto en que el mal sólo tiene remedio revolucionariamente. Mientras se opere sobre los viejos organismos y sobre los viejos preceptos, toda labor será infecunda.

Que no se espanten los meticulosos del eufemismo, los pisaverdes de la elegancia y los circunspectos de semiseriedad de asno. Hay que decir muy alto lo que todo el mundo dice por lo bajo.

Y es, a saber: que si se quiere una verdadera campaña de cultura general, es necesario que se empiece por destruir, por aniquilar todo el vetusto edificio de la enseñanza, por suprimir los aparatos repetidores que se llaman catedráticos y maestros de antonomasia; por quemar, así como suena, los malditos textos sólo atentos a los fines especulativos y no a los científicos; por arrinconar para siempre enredosos programas y encasillamientos de tiempo y facultades; y hasta, en fin, por derribar los antihigiénicos y apestantes caserones donde se fabrica la estulticia y la idiotez patentadas.

A compás de esta primera obra de saneamiento, habría que dar el golpe de gracia al privilegio que reserva a los ricos y a los semirricos el monopolio de los conocimientos, con lo que al propio tiempo se redimía materialmente la enseñanza, se la emancipaba espiritualmente. La avalancha de las multitudes ansiosas de saber, sería campo abonado para la experimentación de aquellos que supieran y quisieran emprender la obra de la enseñanza integral.

Entonces, y sólo entonces, con profesores de verdad, y de verdad libres; con absoluta independencia para la elección de libros; con métodos nuevos adoptados a la naturaleza de cada enseñanza y a la variedad de las actitudes; con edificios, patios y campos higiénicos y confortables; con todos los elementos necesarios a un indispensable practicismo y a la eficacia de precisas demostraciones para no producir loros ilustrados podremos dar por comenzada esa gran empresa de cultura que tantos proclaman y tan pocos quieren.

Entretanto hay una labor preparatoria que tampoco se hace, aunque mucho sobre ella se declama. Y esta labor consiste en que los que saben y pueden salgan de su torre de marfil, dejándose de estéri-

les predicaciones a la luna, y vayan derechamente a ofrecer al pueblo el tributo de sus conocimientos, no sólo con palabras y razones, sino también con hechos que las verifiquen.

Aldeas, villas y ciudades esperan ansiosas la buena nueva y allá no llegan sino necias peroratas, y mazacotes de insulsa prosa vacías ambas de contenido científico y hasta de contenido artístico.

Y si se nos dijere que aun para esta preparatoria empresa de cultura se necesitan recursos y medios de que se carece, contestaremos sencillamente que así como los hay para mantener con boato un culto y un clero que maldita la falta que nos hace; así como los hay abundantes para sostener en pie de guerra una multitud de jóvenes que estarían mejor estudiando y trabajando, así como no se escatiman para el mantenimiento de cien instituciones de holganza; así y más que así debe haberlos para enseñar, para ilustrar, para emancipar las inteligencias del automatismo enfermo en que nos estamos agotando.

Porque a todo evento queda patente la razón, la razón poderosa de los que afirman —y nosotros con ellos— que esa obra de cultura ni aun revolucionariamente se llevará a cabo si no se hace previamente esa otra revolución que quiere ante todo llenar los estómagos, abrigar las carnes y fortalecer los cuerpos.

(*Acción Libertaria*, nº 3, Gijón, 2 de diciembre de 1910)

El cerebro y el brazo

«¿Con que la función de pocero no es menos importante que la del sabio que investiga? Me parece que confundes lo importante con lo necesario. Lo importante es la función inteligente; lo necesario es el mecanismo que ejecuta». Dije, con motivo de las idolatrías populares, en uno de los números de *El Libertario*, poco más o menos lo siguiente:

> Soy de los primeros en reverenciar las cualidades sobresalientes de los hombres; soy de los primeros en rechazar toda preponderancia aunque venga revestida de los mejores métodos. Nadie sobre nadie. Si hubiera primeros y últimos entre los hombres, el último de los productores sería tanto como el primero de los genios. El saneamiento de una alcantarilla no es menos importante que la más genial de las creaciones artísticas. Y si descendemos un poco, vale mucho más el pocero que limpia las atarjeas que cuantos, desde las alturas del poder y de la gloria, embaucan a la humanidad con sus bellas mentiras.
>
> Natura no distingue de sabios e ignorantes, de refinados y zafios. Todos, igualmente, animales que comen y defecan. El desarrollo intelectual y afectivo puede constituir una ventaja personal y derivar en provecho común, nunca fundar un privilegio sobre los demás.

Tales palabras dije sin sospechar que un camarada anarquista se creyera en el caso, de redargüirlas. Pareciéronme entonces puestas en razón; estoy ahora orgulloso de haberlas escrito.

Este buen amigo, que me escribe un buen fajo de cuartillas para señalar errores míos, piensa tal vez que la vida llegará a ser un efluvio mental purgado de las groserías de la carne, y en esta hipótesis, nada científica, pese a la mucha ciencia de que hace gala, no encuentra cosa que le parezca importante si no es la misma inteligencia. El pocero, el zapatero, el sastre, el albañil, etc., son, a lo sumo, mecanismos necesarios para que los otros —los sabios y los artistas— coman y se regodeen.

Antójaseme todo ello un resabio de educación, un prejuicio extraño en un anarquista y, todavía más, un exceso de reverencia para los productos del cerebro humano. Andamos tan saturados de idolatrismo, que no podemos asomarnos a las puertas del saber y del arte sin quedarnos estáticos, humillarnos ante el genio y aun reconocernos nosotros mismos seres superiores apenas hemos logrado comprender cuatro quirománticas palabras explicativas de determinados fenómenos de la naturaleza. Allí donde leemos la palabra ciencia, nuestra fe se prosterna ante el nuevo ídolo.

Mas si logramos transponer los umbrales del templo, si en nuestro anhelo de sabiduría conseguimos penetrar analíticamente la entraña de los más firmes conocimientos, ¡cómo se derrumban entonces nuestros ensueños, nuestros castillos de naipes! La fe flaqueará ante la hipocresía falsa, ante la solución provisional que no soluciona nada. Hay en la ciencia más convenios y más acomodamientos que verdades conquistadas. Acaso brota de mi pluma modestísima una herejía. ¡Perdón, entonces, oh manes que nada ignoráis!

Pero es lo cierto que la vida no se compone de sabidurías sino de necesidades y de satisfacción de necesidades. El trabajo es necesario y es importante, tan importante, que sin él pereceríamos. Sin sabios, no. La apreciación de los mecanismos necesarios es una vulgaridad de filisteo que no debe manchar los labios de los anarquistas. La distinción de brazo y cerebro es un comodín de la burguesía para mantener disimuladamente en servidumbre perpetua al que trabaja. No hay, de mi parte, confusión entre lo importante y lo necesario. Hay, si acaso, insuficiencia de expresión, porque la obra del pocero, del sastre, del mecánico, etc., es necesaria e importante al mismo tiempo. De la ruda labor del brazo vivimos todos, los ignorantes y los sabios. De la cómoda labor de éstos, vive el que puede. No llegan los frutos de su ciencia a la multitud ineducada y zafia; no llegan sus

espléndidas luces al fondo del pozo minero, al antro industrial, a la covacha miserable del asalariado. Lo necesario y lo importante es producir y es consumir, esto es, vivir. Natura no distingue de sabios e ignorantes. Ante ella no hay más que animales que comen y defecan. ¡Qué burdo, qué antiartístico, qué falto de elevada ciencia metafísica es todo esto! ¿Verdad, *mio caro*?

No se crea que por ello desdeño el arte y la ciencia, que menosprecio el genio, que reniego de la inteligencia. Brazo y cerebro, no acierto a verlos escindidos. Donde se trabaja, se piensa. Diremos con Proudhon: el que trabaja filosofa. No hay funciones separadas, contradictorias, sino una sola función que se traduce en pensamiento y en hechos. La rutina quiere que veamos en algunos hombres seres privilegiados y hemos inventado el sabio como hemos inventado el hechicero, el augur y el sacerdote. El desdichado pocero es aun para este camarada anarquista nada más que el mecanismo necesario.

El sabio, si es sabio, y precisamente por serlo, no se piensa él mismo más importante que el pocero. ¡Somos nosotros los que nos empeñamos en ponerlo sobre un pedestal! Cuanto más nos adentramos en el laberinto de los conocimientos, más y mejor nos damos cuenta de nuestra insuficiencia. Se necesita del idolatrismo atávico. A veces el solo título de un libro nos sojuzga y no tardamos en rendir fervoroso culto a su autor. Idolátricos, idolátricos y nada más que idolátricos. Miramos a través de este prisma todas las cosas. ¿Cómo habríamos de considerar más importante la obra de millones de hombres que limpian atarjeas, deshollinan chimeneas, hacen zapatos, labran las piedras, perforan las montañas, que la de un núcleo de afortunados que a cambio de unas cuantas verdades nos han regalado todas las grandes mentiras que han labrado, labran y aún seguirán labrando por algún tiempo todos los infortunios humanos?

El hombre es su propia función y su propio mecanismo. ¿A título de qué habrán de ser unos brazo y otros cerebro?

Brazo y cerebro son partes de un todo armónico que llamamos hombre. En el reino de la naturaleza todos los hombres son equivalentes, cualesquiera que sean las diferencias orgánicas que los distingan. De la desigualdad nace precisamente el principio de la igualdad social: que cada uno pueda, según sus aptitudes de desenvolvimiento, desenvolverse sin trabas ni cortapisas. Conceder mayor importancia al cerebro que al brazo es reconocer un privilegio como otro cualquiera. La anarquía los repudia todos.

(*Acción Libertaria*, nº 8, Madrid, 11 de julio de 1913)

La hipérbole intelectualista

Obreros intelectuales y obreros manuales

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra *intelectual* aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aun de anarquistas se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, *intelectuales*. Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabra, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad

y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo, y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdóneseme la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlo a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Se quiere la distinción bien marcada entre la semiholganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia.

Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que

vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, si no iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza de los señoritos, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odian colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no intelectuales, desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almibarado hortera, hasta el más conspicuo burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte desde las columnas del periódico o las páginas del libro a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos se sentirían molestos, casi deshonrados, si en la vida pública les detuviera uno de esos desharrapados a quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio, lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual a igual; el desprecio, un sentimiento de superior a inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunde, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de

las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aun cuando no lo confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualquiera que sea su profesión de fe, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán a seguido que no se sienten ni se piensan iguales ni aun al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con un deshollinador: «¡También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan, iguales a los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación a los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian o rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.) son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no se rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de excepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales, nos parece perfectamente inútil.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Porque, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Marx, Bakunin, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economicismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes, conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conocen todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que experimentalmente han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas leyes protectoras que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas leyes malvadas; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia, el domicilio *coatto*.[3] ¿No fueron la resultante de inicuas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularan opiniones que revelan a un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lecturas de autores antiguos y modernos no pueden darle la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrán noción de lo que es el socialismo como la tendría del mar quien lo contemplase en un buen cromo. Pero es menester embarcarse, asomar cuando menos a la costa para admirar el grandioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro.

Acérquense a los obreros sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta, pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales —que sí los habrá—, que trabajen generosamente lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar

---

3. *Coatto* quiere decir 'forzado', por lo tanto, se refiere a la cárcel.

ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí o para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

(*Natura*, nº 1, Barcelona, 1 de octubre de 1903)

El problema de enseñanza y otros escritos se terminó de imprimir en el mes de agosto del año 2013 en la ciudad de Barcelona. Impreso sobre papel offset 80 gramos en Goudy Old Style de 11 puntos.

Nadie lo ignora, pero casi todo el mundo lo calla: los centros de enseñanza privada u oficial son templos de castración y de atrofia; los programas, tupida malla de enredijos de pretendida ciencia; los años de estudio y los métodos de enseñanza, eterno y sostenido aprendizaje de masturbación intelectual. Título académico es frecuente equivalencia de imbecilidad incurable.

Este elocuente párrafo, que hemos extraído de *El problema de la enseñanza y otros escritos,* nos muestra el intenso espíritu crítico con las instituciones de enseñanza de Ricardo Mella que allá por los inicios del pasado siglo en diversas publicaciones anarquistas se acercó a los diversos males que acuciaban a la enseñanza en general y a la anarquista en particular dándonos una visión sugerente, libre y muy personal.

La reflexión crítica de Mella es una indagación por la cultura que entiende lo educativo, en su sentido más amplio, como un ámbito fundamental para la construcción humana mostrando su preocupación por aquélla como herramienta de mejoramiento personal y social. Por eso, este libro que tienes en tus manos reúne los textos más significativos que Mella publicó en la prensa anarquista durante las dos primeras décadas del siglo XX en relación a la cultura (esa que se supone que deben poseer los hombres y mujeres cultos) y, sobre todo, en relación a la cuestión de la enseñanza mostrando algunos de los debates sin los cuales es imposible entender una parte importante de la riquísima historia del pensamiento educativo antiautoritario que ha tratado de ser sepultado en el olvido por aquellos/as a los que Mella llamaría «amantes de los *templos de castración y de atrofia*».

ISBN 978-84-941614-0-7

La Neurosis o Las Barricadas Ed.